

Jorge BERGUA CAVERO, *Pronunciación y prosodia del griego antiguo. Guía práctica para la lectura de sus textos*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2015, 122 pp. ISBN 978-8-47-882744-2.

Un “Prefacio” de Emilio Crespo (7-11) abre este pequeño volumen, que consta de una “Introducción” (13-22) y tres capítulos: I. “Pronunciación de los fonemas” (23-39); II. “Prosodia, sobre el acento, la sílaba y la entonación” (41-78) y III. “El ritmo en poesía. Métrica y versificación”, dedicado a la recitación de la poesía (79-107). Se cierra (109-122) con unas “Consideraciones finales”, sendas “Tablas” de pronunciación de los signos y de proclíticas y enclíticas (a las que habría sido deseable que se uniera otra con los signos y claves del alfabeto fonético), un “Fragmento” de prosa transcrito prosódicamente y la “Bibliografía”.

Desde las primeras palabras de la “Introducción”, el autor declara —y a lo largo del libro da sobradas pruebas de respeto a esa declaración— que no pretende ofrecer normas de validez universal para la pronunciación y acentuación del griego antiguo, sino tan solo unas pautas de lectura destinadas —dice— a los hispanohablantes actuales; un propósito, a mi entender, demasiado poco ambicioso y que produce cierta decepción. Creo que habría sido deseable que el lector encontrara en él normas más estrictas, con criterios claros y ajenos a las variedades diatópicas de pronunciación.

Bergua sabe que la lectura del griego antiguo parece la Torre de Babel: españoles, franceses, ingleses (y no solo estos) lo pronunciamos de modo diferente, según las peculiaridades de la lengua de cada uno. El intento de Erasmo de conseguir que todos los estudiosos europeos —¡cuidado, los occidentales!— lo pronunciaran de una misma manera tenía problemas de base: sus normas no conducían a una realidad que hubiera existido nunca y olvidaban que el griego antiguo representaba una fase perdida de una lengua que tenía tras de sí una evolución de siglos hasta venir a dar en aquel griego de los bizantinos, para quienes, no obstante, era su lengua materna. Erasmo despreció su pronunciación, igual que hoy en día la Filología europea más prestigiosa (que no es la que se hace en Grecia) no acepta la costumbre de griegos y chipriotas de leer el griego antiguo como el moderno: ¡qué sabrán de griego esos griegos! No creo que todo hubiera sido igual de ser el francés o, sobre todo, el inglés las lenguas afectadas.

Quien esto escribe aprendió a leer el griego a la erasmiana y en ella se mantiene aunque duda si esa pronunciación, que desde los tiempos del sabio holandés ha sido modificada en mayor o menor medida por las circunstancias de lugar y tiempo, debe mantenerse o si es preferible aceptar que el griego antiguo sea leído como el moderno, cuyas normas tampoco son ya las que tendría el bizantino de entonces. No debe entenderse, pues, que nuestra decepción proceda de que estamos a favor de la pronunciación a la moderna; pero analizando las dos opciones, hemos de concluir que, pese a que ni la una ni la otra reproducen la pronunciación del griego antiguo, si todos utilizáramos la pronunciación a la moderna, nos sería más fácil reconocer que estamos leyendo una misma lengua, en tanto que con la pronunciación erasmiana tendríamos que admitir que su ver-

sión “a la española” es tan justificada como la de los ingleses “a la inglesa”, pero es seguro que, cuando nos oigamos mutuamente leer un texto griego, no nos entenderemos.

Así pues, que en este libro se opte por la pronunciación erasmiana parece respetable; pero no son tan aceptables, a mi entender, las razones que justifican esa elección y las frecuentes incoherencias que esa forma de leer conlleva. En ellas radica la decepción a la que aludíamos arriba: no nos parece correcto reconocer que las normas de lectura que se proponen no solo no reproducen el griego antiguo, sino que no tienen en cuenta que en el amplio arco temporal que abarca esa lengua hubo una evolución que diferenciaría la pronunciación de la época arcaica de la de la clásica o de la helenística, así como que fue distinta por mor de diferencias geográficas o socioculturales. Tampoco lo es declararse consciente de esos problemas pero seguir adelante y decir que está bien que así lo hagamos los hispanohablantes (cada uno a su manera, además), porque de esa forma nos es más sencillo hacerlo. No es buen argumento, creo, aquel de Erasmo de que la pronunciación de <ι> y <ει> había de ser diferente porque lo es su grafía, cuando pocos hispanohablantes distinguen el sonido de y <v>, por ejemplo, ni —como hace Bergua frecuentemente— aducir que pronunciar el griego antiguo como el moderno nos forzaría a conocer la pronunciación de este. ¿Y qué? Eso hacemos cuando leemos o hablamos lenguas distintas de la nuestra. ¿Se matricularía alguien en una academia de idiomas donde le dijeran: “No se preocupe Vd., pronuncie a su manera”.

La decepción, está claro, no procede de una incorrecta descripción de cómo es o ha de ser la pronunciación del griego a la erasmiana para hispanohablantes, porque eso se hace muy bien, sino de que se justifiquen sus defectos, de los que se es plenamente consciente, sobre la base de lo difícil que sería subsanarlos o modificar nuestra propia pronunciación para ajustarla a la que quizá tuviera el griego.

Los ejemplos abundan en el capítulo dedicado a la “Pronunciación de los fonemas”. Se recomienda prescindir de la pronunciación palatalizada de las oclusivas sonoras, un fenómeno apreciable ya en griego antiguo y que se da en griego moderno, por supuesto, y en muchas lenguas actuales, pero no en la mayoría de las variedades del español, cuyas oclusivas mantienen su valor originario. Se aconseja desentenderse de pronunciar <φ>, <θ> y <χ> como oclusiva más soplo sordo (/p^h/ /k^h/ y /t^h/ respectivamente) y usar las fricativas /f/, /j/ y /z/, porque a los españoles nos resulta muy difícil aquella pronunciación. Es incongruente —y lo reconoce el autor de este librito, aunque inmediatamente recomienda mantenerlo— que leamos el diptongo ει como /ei/, pero ου como /u/: todos tranquilos, no pasa nada, sigamos así. La cuestión es si con esas razones podemos estar tranquilos o si lo estaríamos más si no supiéramos que leemos mal y enseñamos a leer mal a nuestros estudiantes. Por cierto, comparto la afirmación del autor de que se lee poco en voz alta, pero me cuesta aceptar que alguien, como dice él, no haya oído leer así un solo verso griego en sus tiempos de estudiante de Métrica.

El capítulo de “Prosodia” es el más acertado del libro. Bergua utiliza con buen pulso y gran frecuencia la bibliografía más relevante sobre el tema, de cuyo conocimiento da sobradas pruebas. Devine-Stephens y Allen son en conjunto sus principales apoyos, pero muchos otros dejan sentir su huella en este capítulo y en todo el libro en general. Muy

útiles son el apartado dedicado a la sílaba (incluye otros dos sobre el acento y la entonación) y las indicaciones sobre silabación, son también completamente acertadas, entre otras, las explicaciones de la relación entre cantidad y apertura de la sílaba. Sin embargo, no está exento de la misma intención de justificar el mantenimiento de la pronunciación erasmiana a la española sin más razones que el peso de la costumbre y la dificultad para hacerlo de otra manera. Y así se propone no atender a las posibles diferencias que en la lectura produciría un acento agudo o un circunflejo, porque nuestra entonación es intensiva y no musical, y también olvidarnos de leer de manera diferente largas y breves, porque esa distinción es irrelevante para nosotros y nos sería difícil realizarla. Y Bergua, que sabe muy bien que Teodorsson y otros han propuesto que la diferencia de cantidad, el itacismo y otros fenómenos remontan al siglo IV a.C., no se acoge a esa razón para recomendar la desatención a la diferencia de cantidades, sino a la costumbre y a la dificultad que nos supondría distinguirlas.

El último capítulo se dedica a la lectura de los textos poéticos. En él propone una lectura acentual: que la entonación de las palabras no refleje el acento que les corresponde como tales, sino que se eleve la voz con un acento intensivo en aquellas posiciones que en el esquema métrico del verso que se recita corresponden a sílabas *principes*.

Como en el caso de la pronunciación de los fonemas, quien esto escribe aprendió a recitar los versos de esa forma y en su práctica docente habitual anima a hacerlo así a los estudiantes. Como regla mnemotécnica, les recomienda que identifiquen los troqueos (–U) como “ritmo de la monja”; los yambos (U–), como “ritmo del jamón”; dáctilos (–UU) y anapestos (UU–) con los “ritmos de palpito y palpitó”, y así con todos los ritmos. La propuesta de Bergua nos parece, pues, tan correcta como nos parecía la de la prosa: el ritmo se percibe muy bien. Pero somos conscientes —y creemos que debe reconocerse explícitamente— de que ese proceder es completamente convencional y ajeno al ritmo griego, cuyo sustento es la alternancia de cantidades, no de acentos intensivos que, además, no coinciden con los acentos de palabra. Para empezar, los versos griegos, como la prosa, están compuestos en griego, una lengua donde la estructura de las palabras combina largas y breves sin acumulación excesiva de unas u otras: la diferencia entre formas como σοφώτερος y δικαιότερος así lo demuestra. Si prosa y verso se distinguen, no es porque empleen una lengua diferente, sino por la necesidad del verso de atenerse a determinadas combinaciones cuantitativas. Entonces, ¿por qué pronunciarlas de modo distinto? ¿Lo hacemos así en español? ¿Hacen eso con la poesía griega los “erasmoparlantes” de otros países? Evidentemente, no; pero aunque no seré yo quien proponga que se deseché la pronunciación acentuativa, creo que debemos ser conscientes de que estamos haciendo lo que nos parece. Por si lo dicho fuera poco, esa pronunciación tiene una dificultad que no afecta a la de la prosa, donde un texto puede leerse sin ningún problema (con un poco de atención a los signos de puntuación para saber qué tipo de frase estamos leyendo), pero no es posible hacer lo mismo con los versos sin saber si tenemos que leer con “ritmo de monja”, “de jamón”, “de palpito” o “de palpitó”, por ceñirnos solo a los más sencillos. En último término, hemos de ser conscientes de que la comprensión de nuestra lectura de la poesía por un extranjero con esta modalidad acen-

tuativa será aún más difícil que la de la prosa, porque los referentes de la poesía española a los que Bergua acude como apoyo para ciertas lecturas serán muy probablemente desconocidos para quien esté acostumbrado a otras poéticas.

En suma, se trata de un libro que explica muy bien cómo leemos y debemos leer los hispanohablantes actuales el griego antiguo siguiendo las normas de pronunciación de Erasmo, pero que, aun siendo consciente de los defectos de esta, los asume como inevitables y sacrifica su solución en aras de nuestras limitaciones en la pronunciación.

Luis M. MACÍA APARICIO

Universidad Autónoma de Madrid

Mónica DURÁN MAÑAS, *Las mujeres en los Idilios de Teócrito*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, 374 pp. ISBN 978-8-41-602830-6.

Mónica Durán Mañas dedica esta monografía a las figuras femeninas de Teócrito, el poeta griego helenístico que ha dejado una huella más consolidada en la Tradición Clásica por su obra bucólica y el influjo de esta en las *Églogas* virgilianas. En los *Idilios*, los poemas del *corpus Theocriteum* en los que se centra la investigación, abundan las figuras femeninas de características diversas, adscritas a grupos de personajes tipo o bien individualidades de rasgos marcados. Sin embargo, el tema de la mujer en este *corpus* poético no había sido aún objeto de un estudio pormenorizado. El libro de Durán procura suplir esta carencia.

La obra consta de cuatro secciones básicas: “Introducción” (15-25), “Grupos de mujeres” (27-209), “Mujeres singulares” (211-320) y “Reflexiones finales” (321-333); a estas se añaden las referencias bibliográficas (335-352), un índice de nombres (353-359) y de pasajes citados (361-370). En la “Introducción”, a la que precede un “Abstract” en inglés (11-14), la autora declara que su investigación tiene como objetivo comprender mejor cómo concibe el poeta de Siracusa a las mujeres que aparecen en su poesía y enriquecer así nuestra comprensión de la personalidad del autor. Desde un punto de vista metodológico Durán indica que su libro pretende ser “un estudio fundamentalmente descriptivo” que busca “la mayor objetividad posible” (15), prescindiendo explícitamente de enfoques teóricos en boga como los estudios de género, en apariencia tan adecuados a esta materia. La “Introducción” discute otras cuestiones previas como los problemas de autenticidad del *corpus Theocriteum* o la selección de los poemas en que se basa el estudio; estos son el conjunto de los *Idilios* por la impresión de unidad que transmiten, con independencia de las dudas sobre la autoría de algunos. Asimismo se explican los criterios que se siguen en la exposición, se justifica el orden en que se discuten las figuras y se recuerda la necesidad de diferenciar entre las referencias en que la mujer se convierte en protagonista y aquellos lugares en que tan solo es objeto de una alusión.

La segunda sección del libro, la más extensa, presenta nueve bloques temáticos en los que se agrupan los distintos tipos de mujeres que la autora individualiza por su rele-